3.ª *Lupanares mixtos.*

Como las casas de prostitucion propiamente dichas llegarian muy pronto á ser conocidas por la policía,

Y como, por otra parte, las casas de citas preparadas de antemano no podian bastar á la espontaneidad y veleidosidades de las pasiones, se formó naturalmente un género de casas mixtas.

Es decir, que participan del lupanar propiamente dicho y de la casa de citas.

Las mujeres no viven ni duermen en ellas.

Pero hay seguridad de encontrarlas, durante muchas horas del dia y de la noche.

En algunas casas que ya tienen más carácter de lupanar, las mujeres comen, y no vuelven á sus respectivos domicilios sino á horas muy avanzadas de la noche.

Estas casas no son muy numerosas.

Apenas se encuentran seis ó siete en toda la ciudad.

Cambian de sitio las matronas para escapar á la vigilancia de la autoridad.

Cuando unas se cierran, otras se abren.

Y de esta manera, con el cambio, propágase la institucion.

En medio de este continuo movimiento, la topografía de dichas casas no podria trazarse.

Puede, sin embargo, decirse, que suelen hallarse, por lo regular, en los barrios más extravagantes y en las calles más tortuosas.

Como, por ejemplo, la rampa del Capitolio, detrás de la Iglesia de San José de los Carpinteros.

Así mismo, en las regiones donde suelen habitar los estranjeros que acuden á Roma á pasar una estacion.

Y en algunos barrios periféricos, donde se reunen los domingos y dias de fiesta los campesinos de las cercanias de Roma.

Estas casas no contienen muchas mujeres.

Podemos asegurar que en ninguna de ellas hay más de seis.

Casi todas ellas son solteras.

Pero tambien acuden algunas casadas, contrariamente á lo que sucede en Francia, donde el matrimonio es, por lo general, un poderoso medio de moralizacion para el pueblo.

En Roma, no.

El gran número de célibes varones que produce la estension de las órdenes religiosas, produce necesariamente muchos celibatos forzados en el sexo femenino.

Y por otra parte; en un país sin industria y sin agricultura, el matrimonio, lejos de crear recursos, por la comunidad del trabajo, aumenta amenudo la miseria, por la necesidad de educar los hijos y sostener un rango, última condicion que significa mucho para los romanos en todas las clases sociales, puesto que es su verdadero puntillo.

Así es que las solteras, incesantemente preocupadas del objeto para ellas tan difícil, del matrimonio, emplean todos los recursos imaginables para conseguirlo.

Comenzar á dejarse hacer la córte, «fare l' amore,» desde la adolescencia, y continuar durante seis á ocho años, esperando que llegue la edad, no les parece dura constancia, con tal que entrevean la solucion apetecida.

Una conducta irreprochable figura entre los medios de conguirla.

Una vez casadas, cambia la escena.

Cesa la reserva.

Se ha atribuido con demasiado esclusivismo esta metamórfosis á que la pasion y los instintos libidinosos, menos contenidos y cubiertos, digámoslo vulgarmente, por un editor responsable, podian entonces tomar libremente su vuelo perjudicial.

Pero aquí se presenta otra causa fatal y universal, porque se la encuentra inscrita á la cabeza de la prostitucion de todos los países, y de todas las épocas del mundo.

Queremos hablar de la miseria.

Así pues, bien probado está que en Roma, entre el pueblo, el

matrimonio engendra, con mucha frecuencia, á esta terrible consejera.

Los lupanares mixtos funcionan en la sombra.

Y las prostitutas libres que los pueblan no se hallan sometidas á ninguna visita sanitaria.

La policía, intruida á veces de su existencia, las deja, sin embargo, subsistir en algunas circunstancias, cuando el barrio no se queja de tan inmunda vecindad, y cuando ningun escándalo ocurre, por lo cual la represion es innecesaria.

La existencia, pues, de tales casas, se halla con frecuencia sujeta al capricho de los últimos agentes de policía, cuyo silencio es amenudo pagado con una complacencia, mientras que una negativa escita sus rigores.

Como hemos dicho, una denuncia del vecindario puede tambien llamar la atencion de la alta policía, que no se halla sujeta á las pequeñas tentaciones de sus empleados subalternos.

Por lo demás, dichos establecimientos se hallan muy lejos de exhalar los innobles y ruidosos clamores de orjía, y los vapores báquicos, que llenan las calles mas afamadas de las grandes ciudades de Francia, Alemania é Inglaterra.

Nunca se encuentran por los alrededores de dichas casas esos grupos de hombres ébrios todavía de alcohol y lascivia, que en dichas naciones parecen prolongar en la calle las obscenidades del lupanar.

El italiano y el español ponen cierta dignidad, hasta en sus placeres sensuales.

Y las prostitutas de estas dos naciones, limitando por regla general sus complacencias al simple acto de la cópula, parecen novicias al lado de las francesas, cuyo arte especial sabe inventar tantos inmundos artificios.

Sobre estas grandes diversidades entre las costumbres de las prostitutas, nos hemos apoyado en parte, para establecer que la prostitucion implica una degradacion moral muy diferente entre los diversos pueblos.

De tal modo que, en unos merece una eterna mancilla, mientras que en otros merece, por el contrario, y obtiene algunas veces indulgencia, lástima y generoso perdon.

La denuncia anónima de los individuos intoxicados despierta tambien en ocasiones los rigores del clero de la parroquia y de la justicia.

¿Y qué es lo que pasa entonces?

Nadie sabria indicarlo seguramente.

Puesto que, á falta de reglamentos, la arbitrariedad, el rencor, la indulgencia ó el capricho presiden á las medidas.

El caso es, sin embargo, que las mujeres atacadas de sífilis son enviadas á las salas del hospital de San Giácomo, destinado al tratamiento de las enfermedades venéreas.

Existe, pues, entonces, aunque demasiado tarde, la visita sanitaria.

4.ª *Mujeres* GALANTES.

Bajo este título designaremos á tres clases de mujeres, que comercian con sus encantos.

Y que todas se hallan comprendidas en la peligrosa categoría de la prostitucion clandestina.

Unas, sirven de queridas á los estranjeros y á los indígenas; pasan de mano en mano y van dejando la sífilis de lecho en lecho.

Las otras son completamente análogas á las prostitutas pensionistas de otros países, menos la inscripcion y la visita sanitaria.

Reciben al primero que se presenta, mediante un precio convenido de antemano.

Pero existe otra clase numerosa de «aisladas,» cuyo comercio afecta en Roma maneras especiales.

Cada una tiene su clientela;

Sus parroquianos, que generalmente pertenecen á una misma clase de la sociedad.

Y estas mujeres cierran las puertas de sus casas al que no

goce de los legítimos derechos de entrada, ó no haya sido presentado.

Esta restriccion en su clientela es una medida de seguridad personal, así como un medio de eludir la indiscreccion, y escapar á las persecuciones de la policía.

Todas las clases de prostitucion clandestina contribuyen á la estension de la sífilis; á su propagacion.

Y si esta afeccion no está allí mas propagada que en Francia, apesar de sus causas agravantes, será preciso atribuirlo á una doble causa:

A que la mayor moderacion de los Romanos compensaria estos riesgos.

Y á que las mujeres galantes son menos numerosas, y por consiguiente, los manantiales de ponzoña mas raros.

En fin, convendria tomar en consideracion la influencia del clima sobre la sífilis.

5.° *La prostitucion en las familias* es una de las mas deplorables consecuencias de la intolerancia de las casas públicas.

Esta ley se verifica en Roma, como veremos; pero no en proporcion tan considerable como pudieran creerse «á priori.»

Uno de los mas grandes santos, uno de los mas bellos génios de que la Iglesia se honra: San Agustin, que, como es sabido, habia practicado el vicio, antes de practicar la virtud, hace explícitamente la declaracion siguiente, (que alguna vez hemos citado) como verdadero conocedor del corazon humano, y de las necesidades sociales.

Aufer meretrices de rebus humanis, et turbaveris omnia libidinibus.

Parent-Duchatelet dice, con filosófica intencion, que la prostitucion, las cloacas y los albañales son indispensables en toda aglomeracion de hombres, frase que tambien hemos recordado en alguno de nuestros libros.

Y los moralistas mas severos convienen generalmente en que, parecida á un «exutorio» de precaucion, la prostitucion

impide males mayores, concentrando la disolucion en sitios restringidos, é impidiendo su difusion en el seno mismo de la familia.

Como consecuencia de estas leyes fatales, en Roma la prostitucion asoma por todas partes; se ejerce, por desgracia, asaz amenudo en las familias, á vista de los padres, como un oficio confesable, y á veces la misma madre os introduce en el cuarto de su hija; la hermana menor, que espera le llegue el turno, os lleva á su hermana adulta, y el hermanito os alumbra en la escalera!

Torpezas y degradaciones que, por otra parte, se encuentran tambien en Nápoles, donde no obstante la prostitucion está tolerada.

Si la costumbre de los Sigisbeos parece haber desertado de las grandes y opulentas casas, donde solo los mantenian la ociosidad y la inmoralidad, la necesidad ha transportado convenciones casi idénticas al seno de las familias de la clase media, sobre todo á la parte menos acomodada de esta categoría.

Las mujeres pertenecientes á esta casta se entregan muy amenudo á un comercio, que viene á ser la prostitucion propiamente dicha, frecuentando las casas de citas.

Hay, además, Celestinas que procuran á los estranjeros y á los habitantes las mujeres que estos han notado y señalado á proxenetes.

Las causas de la desmoralizacion de esta clase deben tambien atribuirse, á nuestro parecer, mucho menos á instintos libidinosos que á la necesidad, á la penuria, solo que esta penuria no proviene de una indigencia absoluta, sino de las necesidades ficticias que la pasion del lujo esterior y del oropel, tan viva en los pueblos meridionales, ha creado entre los pequeños rentistas, la nobleza sin patrimonio y los empleados, que, queriendo sostener lo que ellos llaman: su rango, se ven arrastrados á gastos superiores á los medios de que la familia puede honradamente disponer.

La carroza de dos caballos es de imperiosa necesidad para

las romanas, y su dignidad ni siquiera puede avenirse al coche de un solo caballo, que los franceses designan con el característico dictado de: «demi-fortune» (media-fortuna.)

Los Milaneses pintan, con el proverbio siguiente, esa pasion por la carroza, que á menudo solo se satisface á costa de economia suma en el plato:

Los Romanos tiran de sus coches con sus intestinos.

Proverbio al que pudiera añadirse tambien que las Romanas «tiran de ellos con su honor.»

Estas mujeres, que se prostituyen de esta guisa por un traje ó por una carroza son, segun dicen, á menudo muy buenas madres de familia; y algunos hombres que conocen profundamente las costumbres romanas aseguran que la venta de sus encantos no excluye de ellas en modo alguno un gran cariño y hasta un estrañable amor á sus maridos.

Si así fuere, seria esta una prostitucion con degradacion moral y decadencia menores que entre nosotros.

A la prostitucion y á la moralidad hay que juzgarlas en sus relaciones con las costumbres del país, y guardarse mucho de tomar por «criterio» lo que pasa en el país propio, es decir: en tierra estraña.

Las damas de la antigua Roma, como es sabido, llevaban «falos» de oro prendidos de sus collares, y esa imágen, tipo obsceno para nosotros, era para ellas solo un amuleto protector, y aun hoy dia, en la Roma moderna, dos inmensos cuernos de buey, signo burlon en nuestras costumbres, se levantan sobre la consola del aposento conyugal, talisman destinado á alejar funestos agüeros: la «gettatura.»

En el pueblo, la verdadera miseria y ¿quién lo creyera? á veces tambien un poco la pasion del carruaje de alquiler para pasear el domingo por el Corso, engendran la prostitucion.

Ciertas castas de la poblacion romana, por ejemplo: los Transtiverinos, han escapado sin embargo á la gangrena; en el Transtevere se casan, pero no se seduce; y no se encuentra ya,

al amanecer, en la calle, sino algun cadáver acribillado á puñaladas, cuando un estranjero temerario ha tenido la funesta ocurrencia de ir á dar caza á las muchachas en tan peligrosos sitios.

El barrio de los Montes no es mucho mas seguro.

La plebe mas corrompida es la que mas contacto ha tenido con los estranjeros, y esa raza bastarda y mestiza que contrasta con la antigua y pura sangre romana.

Entre las miserables familias del pueblo, la imperiosa necesidad aguijonea á veces á la virtud.

¡Es tan duro el trabajar en la pátria clásica del «far niente!»

Y además:

¡Es tan dificil encontrar trabajo en un país sin actividad, sin industria, sin agricultura!

La esposa trabajará, pues...

Ya se adivina de que manera!

La juventud romana, la vejez disoluta y los viajeros serán los chalanes.

Y la «trabajadora,» tibios aun los adúlteros besos, será bien acojida en la conyugal alcoba, si lleva un buen peculio al final de la semana.

Tal es el convenio vergonzoso, nauseabundo, degradante, que se estipula á menudo entre marido y mujer.

Como complemento de esta pintura de las costumbres romanas, señalemos en dos palabras una causa que contribuye á dar un matiz especial á la moralidad pública en Roma.

Nos referimos á la prelatura de los segundones y al número proporcionalmente mas elevado, que en otros puntos, de los establecimientos destinados á albergar á hombres consagrados al celibato.

En un país falto de exportacion y en que el ardor por el trabajo es insignificante, las órdenes monásticas son por desgracia á veces una carrera impuesta por la necesidad, ó una almohada propicia para el reposo, mas bien que el objeto de una libre eleccion, resultante de una vocacion síncera.

Pero los inconvenientes de un estado tal de cosas mantiénense no obstante dentro de ciertos límites y no alcanzan ni de mucho las proporciones que una exajeracion hostil ha intentado atribuirles.

El estado moral de la sociedad Romana es deplorable sin duda, y lejos de procurar disimular algun trazo del cuadro, los hemos dibujado todos claramente.

Pero ¿valemos mucho mas nosotros, á quienes la tolerancia de la prostitucion nos priva de toda escusa?

En Nápoles, como hemos dicho, la prostitucion reina en las familias, como en Roma, á pesar de la existencia de casas públicas.

Y en las demás capitales, en París, por ejemplo ¿qué pasa, pues?

Hay dia, se ha hecho de moda carecer de caridad tocante á la capital del mundo cristiano.

Esforzemonos, cuando menos, en no carecer de justicia.

En Roma, como en toda villa de provincia, cualquier escándalo se divulga al momento, y á cada aventura se añade, en todas sus letras, el nombre de un personaje.

En las capitales de primer órden, como Lóndres y París, el run-run de las aventuras se hunde en el inmenso torbellino y en el colosal rumor de la gran ciudad.

En dichas capitales, como en Roma, la prostitucion se halla un poco en todas partes; su clase media es arrastrada tambien á ella por la exijencias ficticias de un lujo inaudito.

Las mujeres mas eminentes del siglo se distinguen generalmente aun, mas por su licencia, que por su talento.

En cuanto á la mujer del pueblo, vende allí tambien su hija; solo que, al igual del pan, las «hijas» son mucho mas caras en París, que en Roma.

Además, el vicio que Adriano ostentaba con Antinoo en la antigua Roma, herencia de que la Roma moderna ha aceptado únicamente una partícula, emigra á nuestros climas y hoy dia

tiene en París, si bien no «casas,» por lo menos «sitios» de cita y de reunion, y hasta «bailes.»

Ahora bien:

Toda vez que las costumbres no son peores en Roma, á pesar de los inconvenientes que todos reconocemos en la no tolerancia de la prostitucion, resulta una superioridad moral relativa en favor de la capital de la cristiandad, y esta superioridad proviene de la escelencia de las instituciones y de las creencias religiosas.

Detengamos un momento nuestra atencion sobre estas dos bienhechoras influencias.

Cuando, en una sociedad que ya no es cristiana, se llega á admitir que la castidad es solo una convencion que se está en libertad de no adoptar, que no es mas que un mandamiento de una religion que se desecha, desde entonces encuéntrase establecido el principio de que todo órgano debe funcionar cuando llega á ser adulto, y de que todos los medios puestos á nuestra disposicion por la naturaleza pueden legítimamente contribuir á hacernos vivir y gozar, en límites que solo se detienen ante la saciedad ó el peligro.

Por consiguiente, nada de restricciones á la promiscuidad, y sobre todo, ni por asomo nada de volver á mejor conducta.

En Roma, por el contrario, un resto vivaz de la fé de los tiempos antiguos surge á cada instante como una traba ó como un arrepentimiento: el que peca, se condena, el pecador no reincide sino despues de tenaces luchas consigo mismo, y se enmienda con frecuencia.

Así pues, y al revés de lo que pasa entre nosotros, los asilos abiertos á las «arrepentidas» moralizan á un gran número de pecadoras que en ellos se albergan, hecho altamente significativo y que resulta de estadísticas exactas.

La «pesca» (raccrochage), ese escándalo público que se ejerce aun en las calles mas frecuentadas de París, de Lóndres, de Bruselas, etc. y de casi todas las grandes capitales, no se tolera mas en Roma, que las casas de prostitucion.

Por otra parte, aun cuando se permitiera, no se avendria á las costumbres romanas.

En Roma, ninguna mujer honrada sale sola, una vez cerrada la noche, y hasta la mas ínfima criada del país se niega á ir á un recado urgente, desde la puesta del sol.

Los «buscadores» de aventuras pueden pues atacar, con probabilidad de buen éxito, á toda mujer que encuentren de noche por las calles; inútil es esperar una semiprovocacion, que por otra parte no entra en sus hábitos.

Veamos ahora lo que el gobierno pontificio ha hecho para escudar á la pobreza contra la seduccion y el vicio, y para realzarla cuando cae.

En esta vía de prevision, de moralizacion y de auxilio, Roma ha precedido á los demás pueblos, y sus instituciones relativamente á su poblacion y á su hacienda son tales, que la capital de la Cristiandad marcha todavía en primera línea, y no contenta con predicar la caridad dá tambien de ella explendente y perpétuo ejemplo.

La villa de Roma, poblada de 200000 habitantes, alimenta, alberga y mantiene completamente á mas de 4000 pobres, enfermos ancianos, huérfanos, expósitos, etc., sin contar los socorros á domicilio, el derecho al trabajo para 1000 obreros de alguna edad enfermos ó cargados de familia, los diversos hospitales, la Trinidad-de-los-Pelegrinos, los Sordo-Mudos, los Locos, las instituciones agrícolas, los refugios donde el pobre encuentra solo el albergue, etc.

Con ayuda de tan ámplios medios, mas de 22000 necesitados son anualmente socorridos.

Empero, de entre estas instituciones de beneficencia, consideremos únicamente las que á nuestro objeto atañen; consideremos á la mujer en todas las edades y condiciones, en todos los accidentes que pueden sobrevenirle, y veamos si la caridad romana no le tiende la mano para impedirle que caiga y para levantarla cuando cayó.

Si una mujer «se olvida» un momento, ésle menester ocultar el producto de su falta, y hacerlo adoptar por el Estado, ó que, cerrándole la pérdida de su reputacion los medios de vivir honrosamente, se abandone á la prostitucion.

El archi-hospital de San Roque admite á todas las mujeres á punto de dar á luz, sin informarse de su nombre, ni de su condicion, ni inquirir si son casadas ó no.

Las mugeres de holgada posicion que quieren ocultar en el misterio el fruto de amores culpables, pueden tambien, segun los Estatutos de la institucion, contar con el mas religioso silencio y con todos los cuidados convenientes, mediante 3 «scudi» por mes. (El «escudo» equivale á 5 pesetas 25 céntimos.)

La estadística de un decenio solo señala 0'47 defunciones por cada 100 mujeres parteadas, resultado satisfactorio á mas no poder.

El hijo es depositado en la «Pia Casa di Santo Spirito.»

La mujer, al salir de los diversos hospitales, se encuentra en un estado de debilidad que la incapacita de ganarse la subsistencia, y entonces su virtud puede sucumbir al incesunte aguijon de la necesidad; empero, á su salida de los hospitales, hombres y mujeres son admitidos en el Hospicio de convalescentes de la Trinidad de los Pelegrinos, establecimiento de incontestable utilidad.

En ciertas épocas del año, por ejemplo, en la Semana Santa y en los Jubileos mayores, afluyen numerosos pelegrinos á Roma, la que evita el espectáculo de la mendicidad y del dosórden dándoles asilo en el inmenso establecimiento de la «Trinita».

Con su delicada mano, las princesas y las nobles damas romanas lavan el polvo de los piés de los pelegrinos, ó sirven á la mesa de la hospitalidad á las devotas visitantes quienes, al abrigo de toda necesidad, lo están tambien de todo riesgo.

El Hospicio de los Pelegrinos acogió á cerca de seiscientos mil huéspedes en el Gran Jubileo de 1625.

¡Seiscientos mil individuos recibidos por una villa de ciento sesenta mil almas!

¿No es éste un prodigio de caridad cristiana?

En las peripecias de la penosa existencia de la mujer del pueblo ¡cuántas veces no acontece que una desdichada jóven se encuentra sin albergue por la noche, y que el «buscador» de aventuras que halla á la pobre criatura tendida fria y gimiendo en el arroyo no le ofrezca un asilo en el lecho de la disolucion!

Pues bien, en Roma, bajo el nombre genérico de: «Ospizii é case di ricovero» existen varios establecimientas destinados á dar á los individuos que carecen de hogar, un lecho provisto de sábanas, para pasar la noche, y un plato de sopa por la mañana.

Las mujeres son acogidas en «San-Luigi-Gonzagua,» y los hombres, en «Santa-Galla.»

Nótese que en «Santa-Galla» hay un dormitorio particular para once eclesiásticos; la toma del hábito dista mucho de enriquecer siempre á las gentes en Roma.

A mas de una casa de correccion, hay en Roma, bajo el nombre de: «Pia casa di caritá per le fanciulle pericolante», un establecimiento donde se admite á las muchachas de doce á diez y ocho años, que pobres, huérfananas, inclinadas al mal por malos instintos ó descuidadas por sus padres, se hallan espuestas á la seduccion.

Casi todos los gobiernos cuentan en sus respectivos países conventos de arrepentidas, cuyo fin es la reparacion.

Al gobierno cristiano por escelencia tocaba el llevar mas allá la solicitud, y precaver el mal, cubriendo só su egida á las «jóvenes muchachas en peligro.»

Hemos hablado del gobierno; pero debemos añadir que no siempre es de él de quien emanan estas piadosas fundaciones, y que los príncipes opulentos de Roma, los Colonna, los Doria, los Odeschalchi, los Borghese, etc., un sinnúmero de prelados, y varios médicos, por ejemplo el doctor Ghislieri, profesion que conoce demasiado las miserias humanas para no compadecerlas, son los fundadores de estos establecimientos de beneficencia pública.

Las grandes familias tienen á justa gloria el dar su nombre á

una duradera institucion de beneficencia y piensan añadir así á su corona un floron que en nada desmerece de las proezas de sus antepasados.

De las huérfanas y de las muchachas abandonadas hablaremos al mismo tiempo que de los espósitos.

Finalmente, hay una clase de mujeres que tampoco ha olvidado la caridad.

Nos referimos á las mujeres desgraciadas en su matrimonio, y á las viudas.

Un establecimiento, destinado hoy á las arrepentidas, y fundado bajo Leon X, lleva el nombre de «Mal maritate», (mal casadas) que indicarian tal vez que su fundador le asignó, en su orígen, un destino muy diferente del de albergar á pecadoras.

Las viudas pueden ser tambien conducidas á la prostitucion por la seca necesidad.

Varios pequeños establecimientos se hallan destinados á recogerlas y á preservarlas del vicio.

Como las rentas no son suficientemente considerables para suministrarles una hospitalidad eompleta, limítanse á darles albergue: las recogidas viven y trabajan en comunidad, sin que el establecimiento perciba de ellas contribucion ninguna; ó bien van á buscar trabajo fuera de la casa.

La vida en comunidad, y la vigilancia, mantienen el órden y las buenas costumbres.

Roma cuenta dos instituciones escesivamente útiles; queremos hablar de la justicia enteramente gratuita para los pobres.

Se examina la causa, y si se la encuentra justa, la archi-cofradía se encarga de todos los gastos de abogado, de procurador, de vacaciones, etc.

Desde 563, preocupábase San Gregorio el Magno de la defensa gratuita de los pobres, tan á menudo oprimidos por los ricos y los poderosos; y fundaba la primera institucion.

Hoy dia, la archi-cofradía de San Ibo toma en mano los intereses de los desgraciados, en general, y la archicofradía de San Gerónimo de la Caridad sostiene especialmente los de las viudas